



ANTONIO DOMÍNGUEZ HIDALGO

EL IMPERIO

Ahí estaban...

Cual desprendidas estatuas de una galería fantasmagórica, sus siluetas paseaban por las calles apenas iluminadas con aquellas extrañas luces de níquel.

De sus ojos brotaban esplendores maléficos nunca antes vistos por sus ingenuos y antiguos dueños; como expectantes de algo desconocido; de un deseo aguardado en la inconsciencia de momentos presentidos entre las antiguas voces de sus instintos.

Sin cruzarse, de acera a acera, se desplazaban en un ir y venir de boomerang, sedientos de un agua que a punto estaba de emerger, aunque sus hocicos no sabían con precisión cuándo.

El último tirano, aunque siempre se había fingido espumeante de bondad, se hallaba a punto de salir de los restos del único subterráneo antiatómico que quedaba. En ese momento, la nueva estirpe se levantaría triunfante como eslabón encontrado. Sus cuatro patas dejarían de ser rastreras para elevarse como fortalezas bípedas y aprovechar lo que los desaparecidos monos pelones habían dilapidado.

Cuando lo vieron emerger tambaleante por la ceguera de las radiaciones, ladraron y aullaron recordando los pretéritos tiempos de sus nostalgias de luna; ladraron y aullaron con tal fuerza que los postes iluminados se estremecieron y los árboles recogieron sus ramas temerosos y asqueados del veneno de sus demarcadores regadíos.

Entonces fue cuando, venciendo timideces aparentes, se lanzaron hacia él, el último poderoso de una raza en extinción, debilitada por el morbo y la molicie. Destronada por la droga y la ambición. Había que llegar a él primero, antes que otros oportunistas les arrebataran el sueño de su eterna espera. Quien llegara antes, tendría la oportunidad de exterminarlo. Se hallaba tan desvalido, a pesar de sus falsas defensas, que cualquier animalucho lo acabaría. Ratas, gatos, cucarachas, arañas, zopilotes, hienas y otras especies afilaban sus intenciones de treparse al trono, pero se replegaban en sus ganas de dominarlo ante los colmillos furibundos de los perrunos que parecían defenderlo.

Nadie más que estos habían esperado con tanta humillación el instante del derrumbe de los engreídos humanos. Se habían dejado domesticar, golpear, encadenar, con el

propósito de estar cerca siempre de los dominadores para identificar sus zonas débiles. Los perros fueron desde antigua épocas, los iniciales descubridores de los gustos hedonistas y artificiosos de la humanidad. Ellos lo detectaron antes que los propios guardianes humanos. Por eso, en la hora del acabóse, a ellos les correspondía ser los primeros en recibir la herencia. La decisión natural del cambio de poderes estaba echada y no podían desairar tal oportunidad. Pelearían como perros por ascender. La silla presidencial aguardaba. Era obligado llegar...

El mundo canino había esperado con tanta paciencia aquella ocasión, sin importarle noches y noches en vela, cuidando el sueño de su hipócrita mejor amigo, con el fin de ver realizada su conquista y erigirse sobre las demás bestias, que ya se consideraban los nuevos reyes de la creación. Las selecciones iban a ser ganadas por ellos. Eran los más elegibles. El voto de la naturaleza lo preveía. Para eso habían lamido la mano de su futuro destronado patrono.

Debían con todas sus fuerzas aprovechar la ocasión y sobrepasar la velocidad de sus rivales adelantados. Por ello, nadie escapaba a la amenaza de sus fauces; mucho menos aquél único ejemplar homo sapiens sapiens que ahora aparecía indefenso ante tantos depredadores.

Decepcionado por la traición de sus fieles custodios, pasmado los contemplaba aterrado. Sin embargo, lo intuía, eran los únicos que podrían conducirlo a través de los laberintos de aquella ciudad en tinieblas para ayudarlo a sobrevivir. Siempre habían sido Lazarillos perfectos. Él era el último hombre ciego sobre la faz de la tierra, uno nada más, y se sentía en la obligación de extender la estafeta de la elección a sus súbditos, ahora rivales. Si él no lo hacía, el dedo de la evolución giraría y quién sabe a quién señalaría como el nuevo rey de la creación. Por eso habían esperado tanto. El último de los humanos se encontraba a punto de caer en sus garras y no debían cometer errores. Desde hacía siglos fraguaban apoderarse del mundo, pero cuando no era la maldita rabia que los destruía, eran los automóviles que los destrozaban en las vías rápidas. Siempre la ignominia les había impedido realizar plenamente sus objetivos de conquista, a pesar de que a las mujeres les agradaban y a muchos hombres llenaban de amistad. Tanto habían logrado avanzar en la confianza de la humanidad que pusilánimes aceptaban castigos sin refunfuñar o caricias entre miradas de una aparente e inocente resignación. Un día sospecharon el acabóse humano y comenzaron a planificar cómo imponerse al hombre, al irresponsable hombre individualista, y casi ya lo habían conseguido. Como la humanidad se había venido destruyendo día tras día, devorada por las ambiciones, la egolatría y los estupefacientes hasta la gran explosión final que los llevó a la aniquilación, el instante del gran salto había llegado. Únicamente faltaba un humano para hacer desaparecer esta infame especie, uno solo... El último hombre sobre la faz de la tierra; Adán al revés se volvería Nada.

Por eso aquella noche, aprovechando la oscuridad natural y la luz decadente, todos los perros del mundo aguardaban el momento. En su lucha por imperar tejían redes complicadas y las relacionaban para hacer caer a cada uno de los rivales que se acercaban. Moviendo la cola servilmente; brillando sus ojillos con una alegría no experimentada y abriendo sus hocicos, babeantes, aguardaban que ese a quien perseguían, les transpusiese el don.

Y el hombre estaba tan confuso en la oscuridad de su eterna ceguera que al ver acercársele tantas sombras, sintió miedo, sin embargo al percibir los hocicos amistosos y las colas llenas de promesas, tomando seguridad de no sabía donde, les dio lo que pedían y se dejó llevar y llevar y llevar. Los perros ladraron y comenzaron a lamerlo primero, a mordisquearlo después con cierta tímida fuerza que al ir tomando confianza se convirtió en feroces mordidas.

Él se lanzó a correr huyendo entre las calles semiluminadas hasta que no pudo más y cayó. Los perros se le abalanzaron y con furia sin límite continuaron devorándolo hasta que sólo dejaron despojos malolientes de lo que había sido el último estúpido ejemplar humano. Algunos disfrutaron aún de sus huesos...

Los aullidos se extendieron por los aires y se unificaron con el quejido de los vientos. Eran aullidos de alegría, de una alegría nunca vista en la raza perruna. Brincaban y hacían piruetas. Al fin habían vencido al último humano. El imperio nuevo surgía y los perros, satisfechos de haber terminado con su víctima, se convertían en reyes...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

